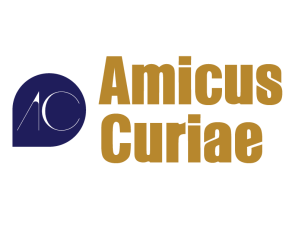
**NOTAS Y RESEÑAS**

****

**RESEÑA DEL LIBRO *EL LENGUAJE JURÍDICO***

**DE CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA**

David Hernández Santes



**RESEÑA DEL LIBRO *EL LENGUAJE JURÍDICO***

**DE CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA**

David Hernández Santes[[1]](#footnote-1)\*

Ficha técnica: Rodríguez-Aguilera, Cesáreo, *El lenguaje jurídico,* 2ª ed., México, Editorial Colofón, 2002, pp.72. ISBN 968-867-083-9.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera Conde nació en Quesada, Jaén en 1916 y murió en Barcelona en 2006. Fue jurista, escritor, político y crítico de arte español. Publicó su obra *El lenguaje jurídico* en España, en el año 1969.

La obra en recensión, cuya edición ha sido señalada en la ficha técnica, consta de cinco capítulos, denominados e indexados por el autor en el siguiente orden:

1. Singular herramienta de trabajo (El lenguaje del derecho).
2. Bien y cumplidamente (El lenguaje de la Ley).
3. Con voces y con palabras (El lenguaje del abogado).
4. Mandar y hacer derecho (El lenguaje del juez).
5. De manera buena, llana y paladina (Conclusión).

En el primero de estos cinco capítulos, “Singular herramienta de trabajo (El lenguaje del derecho)”,Cesáreo Rodríguez-Aguilera señala que la misión principal del jurista es la de contribuir a que la justicia se realice y que en el mundo del derecho la palabra es indispensable para tal fin. De tal consideración se deduce que el jurista debe ser gramático, puesto que el arte de hablar y escribir correctamente una lengua es noción elemental de gramática; sin embargo, hace énfasis en que no debe caerse en el gramaticalismo, porque el lenguaje debe ser vivo y dinámico. Así, el jurista, al redactar ordena ideas y acontecimientos, cuanto mejor conozca éste la semántica y la gramática, con mayor precisión se expresará y comunicará.

Rodríguez-Aguilera llama "acto libre de creación"a esa concreción y puesta en marcha de la expresión deseada bajo el estilo y modo peculiar de cada jurista. Éste, a su vez, debe poseer una adecuada información de hecho sobre ciertos aspectos básicos de la vida de la comunidad a la que pertenece, un conocimiento serio de las consecuencias probables de sus actuaciones y una inteligencia alerta para aclarar cuestiones valorativas y dar buenas razones en apoyo de las pautas no específicamente jurídicas en las que tiene que buscar fundamento; de lo contrario, no estará en condiciones de cumplir una función social verdaderamente útil.

Para el autor de *El lenguaje jurídico,* fondo y forma van íntimamente ligados como espíritu y cuerpo. El fondo puede venir determinado por la forma en que se ofrezca. El latín, lenguaje preciso y sintético. El lenguaje jurídico es un lenguaje tradicional, pero también revolucionario, latín traducido y a veces sin traducir. El derecho ha de ser siempre un lenguaje bien hecho. El autor señala, también, que el arte del jurista es decir claramente el derecho, criticando, a su vez, las expresiones rebuscadas cuando no resultan necesarias.

En el capítulo II, titulado “Bien y cumplidamente(El lenguaje de la Ley)”,Rodríguez-Aguilera expresa que la forma escrita de la Ley es consecuencia del desarrollo social, aunque subsistan leyes no escritas. El contenido de aquélla será la clave de su valor fundamental, pero la forma de su texto le otorgará nuevos valores de carácter positivo o negativo: la precisión terminológica fijará los exactos límites de su alcance. Por lo tanto, el lenguaje empleado ha de ser el correspondiente a esa sociedad. Conjuntos unitarios y completos del derecho; principios ordenados conforme a un plan sistemático en un lenguaje que se pretende claro y de fácil entendimiento.

Rodríguez-Aguilera, citando a Pérez Serrano en su obra *El estilo de las leyes* (Madrid, 1947), dice que una ley redactada en noble tono, con frase pulida y palabra tersa, será estudiada, entendida y aplicada con mayor facilidad que una ley de términos grises y borrosos. Con ello, dice Rodríguez-Aguilera, se ganará la seguridad jurídica y la libertad que radica en el firme reconocimiento de los derechos subjetivos. El estilo de las leyes es una necesidad de la esencia misma del derecho, que tiene su técnica obligada y que impone ciertas expresiones. Pero el derecho tiene como destinatario a todo el pueblo y el ciudadano debe sentirlo como suyo y que pueda convertirse en un medio útil para el mejor desarrollo de su personalidad. Rodríguez-Aguilera exhorta a quienes tengan a su cargo la formulación de textos legales a no perder en momento alguno el contacto con la manera de entender las cosas por quienes no están imbuidos de los términos legales ni con su sentido del lenguaje; los incita a que de manera incesante busquen el punto de equilibrio entre lo que sea comúnmente inteligible y la formulación técnico-jurídica.

El abogado usa su oficio con voces y con palabras, así es como Rodríguez-Aguilera titula el capítulo III de su obra “El lenguaje jurídico: con voces y con palabras (El lenguaje del abogado)”. Voces y palabras siguen siendo los instrumentos de trabajo del abogado. Orador y escritor, amén de perito en su técnica, ha de ser el abogado porque la práctica de su oficio así lo exige. El autor señala que hoy se tiende al lenguaje funcional, alejado de inútiles adornos y señala también que hoy son muy necesarios los estudios jurídicos, más que las escuelas de retórica, porque si el pensamiento es ágil y rápido, el lenguaje brotará por sí mismo.

El abogado de nuestro tiempo escribe tanto o más que habla. La mayor permanencia del texto escrito, la complejidad del proceso, tienden a la escritura. Señala, como es bien sabido, que el dictamen por escrito es frecuente, la transacción extrajudicial, el convenio entre partes, se formalizan en documento privado, que el abogado redacta. Los procedimientos judiciales son, en su mayor parte, escritos. Y aún los de carácter oral, las actuaciones realizadas mediante escrito son numerosas. Por lo tanto, señala el autor, el abogado ha de saber redactar.

Por otra parte, el juez decide las cuestiones que se someten a su consideración mediante palabras, por lo común, escritas. Así comienza el capítulo IV denominado “Mandar y hacer derecho (El lenguaje del juez)”.El juez no sólo manda, sino que hace derecho. El caso concreto se decide conforme a la Ley, pero los perfiles determinantes de la resolución los crea el juez mismo. Entre la ley abstracta y la concreta resolución judicial existe una distancia tan amplia que obliga al juez a crear el material concreto resolutorio a través de su fijación de los hechos y de su particular sentido interpretativo de la norma. Y es así, el mandato del juez y sus resoluciones las realiza mediante la palabra escrita, así como su aplicación.

La Ley es un conjunto de palabras, un texto escrito. Rodríguez-Aguilera hace énfasis en que el aplicarla supone conocerla, entender su significado, interpretarla; ya que tiene un propósito que el juez ha de fijar en relación con cada caso concreto. Esta misma conciencia tras análogas operaciones de raciocinio y sentimiento, determinará cuál es su sentido con base en el caso.

El autor de la obra señala los medios interpretativos de Friedrich Karl von Savigny, (jurista alemán nacido en el siglo XVIII): gramatical, lógico, histórico y sistemático. Cuatro formas de interpretación que los juristas deben conocer bien y que en la práctica todo consiste en una sola operación que nos afirme en el sentido que nuestra conciencia estima justo, de la interpretación legal. Exhortación a que busquemos el fin de la ley, su verdadero entendimiento, pero esto sólo podemos hacerlo a través de las palabras de que aquella se compone.

A su vez, señala que el juez como realizador de la ley, aplica su mandato, pero, en cada caso que se presenta, a su decisión, crea una nueva realidad. Y para el hombre que de realidades vive, esta concreción jurídica es la única justicia efectiva en el caso que le afecta.

La actividad creadora del juez, dice Rodríguez-Aguilera, se manifiesta esencialmente en la sentencia. Terminación del proceso, mediante una declaración escrita. Por su forma, la sentencia es un escrito y para su redacción la ley da reglas que afectan tanto a la forma como al fondo. Las sentencias han de ser claras, precisas y congruentes con las demandas y las demás pretensiones deducidas oportunamente en el pleito.

Rodríguez-Aguilera instiga en su opúsculo a los jueces, y a los juristas en general, a que se debe huir de las expresiones farragosas, de las explicaciones innecesarias, de los términos confusos, de las ideas inconcretas. La exposición debe resultar de entendimiento claro. Se juzga conforme a derecho, no arbitrariamente ni *ex aequo et bono*. Los límites legales han de justificarse. El juez está obligado a mostrar las razones de su fallo. Los considerandos de la sentencia constituyen esta justificación ante el Estado, que le ha otorgado esta delegación de poder para aplicar las leyes; ante el abogado, colaborador técnico en la realización de la justicia, que le ha ofrecido una visión propia de la justicia del caso; ante las partes litigantes, que son, en definitiva, los receptores de su particular decisión; ante la sociedad en general, porque ella debe ser la fuente última generadora del derecho y le debe importar conocer cuáles son los criterios de su aplicación.

Es bien sabido que el campo del derecho comprende órdenes y actividades humanas de la más diversa índole. Aunque sumaria, porque la especialización jurídica así lo exige, el jurista debe tener una información clara de las más relevantes formas de actividad cultural, es así como lo percibía en el siglo XX, en la década de los 60 el autor de la obra en comento. Así el jurista se ve obligado a enfrentarse con temas que inciden en lo político, en lo moral, en lo artístico, en lo histórico, en lo técnico en sus más variados órdenes. La referencia a otros sectores culturales puede ser reveladora de los conocimientos generales, de la psicología y de la orientación ideológica del juez. La cita concreta de la opinión de algún jurista no es, por sí misma, causa de confusión, pero puede resultar cómo un expediente para salir del paso sin aportación de criterio propio.

La especialización es síndrome de barbarie, de acuerdo con las palabras del autor. Por lo tanto, el juez, y el jurista en general, debe estudiar todo lo que esté a su alcance, de tal modo que en su resolución se note la influencia de los autores, pero no tiene que citarlos (sino cuando sea necesario o conveniente).

Las referencias a nociones generales de moral o de política han de revelar el alto nivel en que, respecto a ellas, debe encontrarse la mente de donde proceden. El juez opera sobre una realidad social, pero ha de ser también un avanzado de esa realidad.

El juez ha de mandar y hacer derecho. Y como tal ha de suponerse un acertado criterio de lo justo, un conocimiento de la técnica que utiliza, un estudio y reflexión del caso que decide y, sobre todo, claridad en el derecho que fija.

A manera de conclusión, Rodríguez-Aguilera titula el capítulo V de su obra como “De manera buena, llana y paladina”*,* determinando que el legislador, el abogado, el juez han de asumir la conciencia de la sociedad en la que viven y para la cual trabajan. Y han de hablarle a esta sociedad en su propio lenguaje, con los obligados e indispensables tecnicismos jurídicos, pero también con los términos usuales del más amplio y adecuado entendimiento, de manera buena, llana y paladina.

1. \* Licenciado en Derecho por la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México y especialista en Derecho Empresarial por la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuenta con estudios de Corporate Lawpor la University of California*,* Berkeley Law School (USA)y Derechos Humanos por la Universidad de Cantabria (España). Ha escrito artículos y recensiones en diversas revistas especializadas. *dhsantes@gmail.com.* [↑](#footnote-ref-1)